

Acerca del compromiso social del psicoanálisis ¹

Inés Vidal

Partiré de un recuerdo.

En una ya lejana reunión de representantes de asociaciones psicoanalíticas latinoamericanas se discutía, frente a la inminencia de guerra en Irak, la pertinencia de enviar una carta a las Naciones Unidas en apoyo de sus esfuerzos por la paz. Escuché allí una vez más los consabidos argumentos acerca de la incompatibilidad entre ciencia y política. Aunque sostenidos por una minoría, fueron suficientes para frenar la iniciativa.

– Me propongo aquí reflexionar desde una posición absolutamente opuesta. Estoy convencida, y trataré de sustentarlo, que es imposible que nuestro quehacer científico y nuestra pertenencia social como psicoanalistas queden por fuera de claras posiciones ético-políticas en lo atinente al campo de los valores humanos.

– La inserción del psicoanálisis en el ámbito social implica asumir en este espacio, al igual que lo hacemos en nuestra práctica clínica, la defensa activa de derechos humanos inalienables: el cuidado de la vida en todas sus manifestaciones y el estímulo al desarrollo de un pensamiento libre, capaz de elecciones responsables.

Desde esta posición nos unimos a todos aquellos que, como testigos e intérpretes de esta época, intentan descifrar los sentidos de nuestra cultura ocultos bajo la diversidad de las imágenes.

¹ Versión modificada de una conferencia pronunciada en la Universidad de las Madres, año 2004.

– También está presente en mis reflexiones la situación actual en la Argentina.

En medio de los serios problemas socio-económicos que atravesamos se cierne sin embargo una esperanza de lograr recuperar la unidad entre ética y política, de restablecer la vigencia de los derechos humanos en la escena pública. Hay un giro que intenta revivir una voluntad ética que pueda hacerse escuchar más allá de los ámbitos puramente académicos o de la mera expresión de una interrogación, de un malestar.

Esta posibilidad abierta en el país estimula a participar en el espacio público, como lugar de encuentro y de debate, revitaliza la esfera de lo social y promueve el valor de las acciones solidarias.

Son momentos esperanzados frente a un potencial cambio que demandan el pleno apoyo desde nuestras instituciones psicoanalíticas.

I. EL PSICOANÁLISIS EN LA CULTURA

Designo aquí por cultura a fenómenos tan extensos como el conjunto de las relaciones simbólicas e imaginarias que recorren y estructuran a los grupos humanos.

La teoría psicoanalítica traspuso rápidamente su ámbito clínico original para constituirse en una marca presente y activa de nuestra cultura.

Su despliegue desdibujó los límites con la filosofía y otras ciencias humanísticas. Como experiencia vivencial se ligó a la poesía y el arte. También avanzó en la investigación de los fenómenos sociales y esta incursión en lo social dio lugar, como lo mencionara antes, a un doble efecto: junto a los desarrollos especulativos alcanzados produjo, por la fuerza de su impronta, un efecto de creación de subjetividad: "...Se hizo presente en la cultura e hizo que 'el hombre psicoanalítico' fuera no sólo el hombre mirado desde el psicoanálisis, sino un hombre marcado culturalmente por el psicoanálisis". (Laplanche, 1987)

Al mostrar la naturaleza vincular de la mente, tanto en su origen como en su desarrollo, el psicoanálisis develó progresivamente cómo la trama social contiene y condiciona al ser. El desarrollo de la teoría de los vínculos y la noción ampliada de trauma reafirmaron la

complementariedad indisoluble entre sujeto y cultura, entre mundo interno y mundo externo.

La subjetividad no es pura interioridad aislada, se constituye dentro de los vínculos y la pertenencia al orden social. Ir deviniendo sujeto social, perteneciente a un conjunto, es el resultado de la imposición de la alteridad a partir del reconocimiento de las similitudes y de las diferencias. Ser uno entre los otros produce, en un movimiento pendular, creación de cultura y de subjetividad. (Puget, 1994)

La impronta de las filosofías introspectivas retrajeron al hombre posmoderno del espacio público, favorecieron su alienación. Al privilegiar la interioridad del pensamiento desdibujaron el otro eje de despliegue de la subjetividad: el estar entre los hombres, la vida activa y el ser co-responsable en la construcción de un espacio público, de una estructura de vínculos horizontales y móviles en continua recreación.

Se trata de poder rescatar, junto a la introspección, la otra dimensión primordial en la construcción de la subjetividad: la presencia en empresas compartidas como vía de encuentro con uno mismo a la vez que toma de posición dentro de una pluralidad.

El hombre es por naturaleza un ser social, no existe como tal por fuera de una cultura, y su ser ético, en el sentido del conocimiento del bien y del mal, surge como una condición inseparable de su identidad social.

II. PSICOANÁLISIS Y ETICA

El mundo humano, el de la ética y la política, no depende como el orden de la naturaleza de leyes ya “dadas” sino únicamente de aquellas que el hombre construye. Como individuos no estamos prefijados por un orden “objetivo”, no preexiste una estructura última como fuente de la realidad social. Por el contrario, las sociedades son un esfuerzo continuado por contener, por reducir, el carácter azaroso de la conducta humana.

Freud no creyó en una moral natural, como capacidad original del hombre de distinguir lo bueno de lo malo. La ética era para él un epifenómeno de la cultura, una creación y una responsabilidad del hombre. A él le toca crear los sentidos y las normas en el terreno moral.

Sus trabajos describieron los fenómenos psíquicos presentes en la génesis de la conciencia moral, ligados a la constitución del super-yo y del complejo de Edipo. En un segundo momento extendió estas ideas, a través de una analogía entre el individuo y la sociedad, a la descripción de un super-yo cultural, instrumento social para enfrentar el mayor obstáculo al bienestar: la capacidad de destrucción del ser humano.

Aunque Freud por momentos cayera en aseveraciones llenas de una desesperanza trágica sobre el destino humano, sin embargo pudo sostener hasta el final una ética esperanzada y combativa, dispuesto a luchar en la clínica para lograr el alivio del sufrimiento.

LOS VALORES UNIVERSALES

En el hombre de ciencia coexisten diferentes dimensiones éticas, desde la ética científica del “hacer buena ciencia”, realizar bien nuestra tarea, ser rigurosos en el respeto por la verdad, hasta el compromiso con una ética social derivada de la obligatoria adhesión a valores universales: la consecución de una vida humana digna y plena.

Para el psicoanálisis, al igual que para toda otra ciencia del hombre, no hay posibilidad de desarrollo por fuera de la égida de un sistema de valores morales acerca del bienestar del individuo y de la convivencia social, la defensa de la singularidad del ser y la tolerancia a las diferencias.

Esta ética se integra en el psicoanálisis no sólo como la aspiración moral que moviliza una búsqueda de la verdad subjetiva, sino como una necesidad de su praxis.

Su presencia en la teoría, nos dice Horacio Etchegoyen (1988), da coherencia y sentido a determinadas prescripciones de la técnica. El proceso psicoanalítico requiere de una situación de encuentro no coercitivo destinado a abrir paso a la verdad del paciente. Las reglas del encuadre analítico, abstinencia y atención flotante, la posición neutral del terapeuta como aspiración nunca plenamente realizable, tienen una vertiente ética al servicio de la autonomía del analizando, del respeto por su alteridad.

El pensamiento ético adquiere su sentido último en el momento en que se encarna en la realidad de los vínculos, privados y públicos.

La interfase entre la ética, como campo de los valores, y la política,

como campo de acción de esos valores, es de difícil delimitación. Ambas son parte de una misma y única totalidad y constituyen vasos comunicantes entre sí.

La auténtica política sería aquella que, frente a la interrogación sobre los contenidos y la forma posibles para una acción dada, elige la puesta en marcha de conductas guiadas por determinados valores éticos.

Partí de la afirmación que los hallazgos del psicoanálisis destacan la existencia de una continuidad entre el mundo interior, la vida privada y el espacio público.

Esta pertenencia social, intrínseca al ser humano, sustenta la unión indisoluble entre nuestro accionar como psicoanalistas y la puesta en juego de los valores éticos universales. En nuestra vida profesional se juegan valores articulados, y en ocasiones subsumidos, en el campo más amplio constituido por la participación en los vínculos y en las políticas institucionales, sin duda factores condicionantes y concentradores de poder a nivel grupal.

Recordemos aquí con pesar que fue en nombre de una supuesta neutralidad científica que hubo psicoanalistas cómplices, activos o pasivos, de situaciones de violencia de estado.

III. PSICOANALISIS Y LIBERTAD

El psicoanálisis exalta el respeto por la singularidad del sujeto y defiende la libertad como condición necesaria para su desarrollo. El ser se “construye” a sí mismo en la libertad del pensar, es causa de sí en la medida que pueda elegir. No hay posibilidad de un sujeto responsable de su destino si no media el acceso a esta autonomía.

Pero cabe aquí precisar los términos sujeto y libertad.

¿Cuál sería aquella singularidad del ser que se resiste a quedar encerrada en una visión determinista? Libertad y determinismo se definen en general por oposición, como dos concepciones del mundo excluyentes entre sí. ¿Cómo lograr no quedar encerrados en esta simple opción entre un determinismo mecanicista y una ilusoria libertad del pensamiento?

– Desde el “sentido común” se supuso que toda acción individual era intencional y que para darle sentido a un acto no se necesitaba ir más allá de esas intenciones o propósitos.

La Ilustración concibió un sujeto trans-histórico: el Hombre con mayúscula, absolutamente libre y universal. La libertad del ser era parte de su naturaleza y no vinculada a disposiciones individuales ni sociales específicas.

También diversas morales modernas han sido morales de la libertad.

– Pero fue sólo a partir de Freud que el psicoanálisis nos mostró la realidad de un sujeto escindido y condicionado, tanto por un mundo interno de representaciones y afectos inconscientes como por el contexto social. La concepción de un sujeto descentrado desplazó a la filosofía de la conciencia del sujeto cartesiano; visualizamos así, en palabras de Lacan, al “sujeto sujetado”.

En esta línea Foucault acuña, en la década del 60, la expresión “la muerte del Hombre”. Se refiere a la desaparición de aquel sujeto absoluto, y al reconocimiento del peso de los contextos históricos y culturales.

¿Cómo poder entonces atribuir un espacio de libertad a este sujeto así determinado por las maquinarias social, biológica y económica?

El psicoanálisis a la vez que deja al desnudo los múltiples condicionamientos y círculos repetitivos, nos da los instrumentos para concebir la autonomía posible de una subjetividad, anclada en la realidad psíquica, dependiente de un universo simbólico y pulsional, pero que alberga a su vez una singularidad, ajena a toda lógica mecanicista y fuente de la posibilidad de encuentro del ser consigo mismo y con su semejante.

Nadie es libre en términos absolutos, pero podemos concebir que en ese espacio interior existe algo libre, un “por-venir” desconocido e imprevisible que excede al determinismo exterior y a todo posible cálculo, que surge desde el interior, y al que es posible advenir más allá de toda estrategia de dominio. Podemos concebir una libertad alimentada desde la presencia del inconsciente y sostenida en una visión del ser como evento, como devenir, no como esencia dada.

El cientificismo reduce lo humano a neuronas y biología. El psicoanálisis se opone desde la afirmación de que ningún saber biológico logra anticipar la experiencia singular del encuentro con uno mismo y con el otro, que el lugar del sujeto no responde a la búsqueda de leyes propias de la causalidad científica, sino que sólo se esclarece a través del develamiento de sentidos. Propone descifrar las identificaciones constitutivas del ser y liberarlo de las determina-

ciones tiránicas. Busca integrar mundo interno y realidad exterior, conjugar pensamiento y acción, luchar por una libertad no sólo de pensamiento sino también de elecciones reales y de logros posibles.

IV. UNA ETICA DE LA SOLIDARIDAD

Las viejas formas de ideales que organizaban la coexistencia dentro de nuestra cultura ya no lo logran. Las contradicciones atraviesan y fragmentan el espacio público. En medio de un mundo desencantado y alarmado coexisten paradójicamente dos discursos opuestos: junto a la exaltación de un individualismo sin límites, del culto a la eficacia y al éxito que exaltan las satisfacciones inmediatas, surge una proliferación de morales apocalípticas y de búsquedas místicas.

En realidad ambos discursos son los dos rostros disociados del triunfo del individualismo tanto bajo la forma de políticas egoístas como de una reorganización moral más preocupada por la represión que por la acción humanitaria.

Superar la antinomia libertad/determinismo permite concebir una libertad sostenida en motivaciones particulares, internas e individuales, pero ligada a “un deber ser” sustentado en la construcción de valores éticos compartidos, más allá de las diferencias culturales, un justo equilibrio entre individualidad y solidaridad, entre el respeto por el sujeto y por el bien colectivo. El “dejar hacer” neo-liberal nos ha mostrado ya su deshumanización y sus callejones sin salida. Se trata de construir socialmente alternativas que trasciendan al puro juego de fuerzas, un orden ético que se traduzca en acciones reformadoras dentro de opciones igualitarias y del rechazo a la violencia y a la destructividad.

Es sólo la capacidad del ser humano de trascender a la mera voluntad de poder, a la pura y simple lucha de todos contra todos, lo que hará posible un porvenir diferente sustentado en la solidaridad. El desarrollo de la libertad individual está condicionado por la estructura social; sólo es posible dentro de un determinado tipo de vínculos y relaciones. Ser libres demanda más que la sola ausencia de restricciones, requiere de la desaparición de aquellas carencias impuestas desde la realidad exterior.

Freud nos habló de la sublimación, como un destino de la pulsión, destino no directamente sexual pero que conserva la fuerza de la

sexualidad en su potencialidad creadora y vital. Sería la victoria del amor investido sobre el mundo, un pasaje desde lo individual a lo social, el triunfo de las pulsiones de vida sobre las de muerte.

–Desde las instituciones psicoanalíticas debemos continuar desplegando acciones comprometidas en una ética de valores sociales. Unirnos a quienes desempeñan funciones solidarias en el espacio público y colaborar en los esfuerzos por lograr estructuras más justas en el cuidado de la salud mental.

Ser portadores de un saber comprometido. No amurallarnos tras la sola defensa de nuestra identidad científica sino desplegar plenamente todas sus posibles extensiones.

La única utopía posible es construir una ética de la solidaridad.

El progreso es una búsqueda infatigable de las maneras de alejar el mal, apoyados en la esperanza en una bondad hacia la que corremos en busca de refugio.

En palabras de Bauman: "...huir del mal se proyecta en correr hacia ella ... nos movemos hacia el futuro de espaldas, empujados desde atrás por los horrores del pasado.... Un horizonte en constante movimiento, retrocediendo siempre pero ofreciendo su guía. No promete descanso sino movimiento continuo". "La esperanza es una intención, un deseo que apunta hacia adelante, una manera de estar en el mundo en la que siempre somos menos de todo lo posible por hacer. Lo esencial está pendiente, habita en el futuro, esperando realizarse, temiendo no ser. Las posibilidades humanas nunca se agotan".

BIBLIOGRAFIA

BAUMAN, Z. (2000) *Modernidad líquida*. Ed. Fondo de Cultura Económica, 2003.

ETCHEGOYEN, H. (1988) *Los Fundamentos de la Técnica Psicoanalítica*. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1988.

LAPLANCHE, J. (1987) *Problemáticas III*. Amorrortu Editores.

PUGET, J. (1994) La realidad psíquica o varias realidades. *Rev. de Psicoanal*, (1-2) 87-96.

Inés Vidal
Jorge Newbery 2943
C1426CYC, Capital Federal
Argentina